La ilusión y desilusión de la promoción social de don Quijote*

Federico Altamirano Flores
Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga

El autor que crea un mundo ficcional se inspira en el mundo real de muchas maneras: adoptando sus elementos, categorías y modelos macroestructurales [...]

Lubomír Doležel (1999:43)

Con Cervantes aprendemos, quizá por primera vez, que la vida del personaje de ficción ilumina la vida de los personajes reales. Ambos, el de ficción y el real, no se confunden, sino que dialogan entre sí en el acto de la lectura.

Carlos Thiebaut (1994: 194)

Miguel de Cervantes Saavedra, en *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, contrapone el mundo de la ilusión al real. Una de las ilusiones, en el plano social, constituye el deseo de la promoción social. Este deseo es evidente en don Quijote de la Mancha y en Sancho Panza. En este estudio solo se tratará los sueños sociales del primero.

* Conferencia leída en homenaje al CCCXXVIII Aniversario de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga y en homenaje al IV Centenario del *Quijote*, Ayacucho, 01 de julio de 2005.

La ilusión de ascenso social es una constante en la conducta y en el discurso de don Quijote, pues, desde el inicio de la novela, el personaje olvida su hidalguía y se autopromociona como caballero, y como caballero se imagina coronado con el imperio de Trapisonda (I, 1, 36)¹; más tarde sueña con ser rey o emperador (I, 21, 215), por eso explica al ama y sobrina los caminos que conducen al hombre a ser rico y honrado (II, 6, 604).

Don Quijote, con todos sus sueños sociales, es el ejemplo vivo de los deseos nobiliarios que obsesionaban a sus contemporáneos, el producto de una sociedad en la que el pastor quería ser labrador, el labrador quería ser escudero (caso Sancho), el escudero quería ser hidalgo, el hidalgo deseaba ser caballero (caso del Quijote), el caballero quería ser señor, el señor aspiraba ser el grande y el grande remedaba la ceremonia del rey (Salazar, 1986: 122).

En la España de don Quijote, los ideales nobiliarios había infiltrado en todos los estratos de la sociedad; ninguna clase estaba conforme con su estado. Todos soñaban con la indolente comodidad y la notoriedad que gozaban los caballeros, los grandes y los títulos; miraban hacia arriba deseando ascender, seducidos por los ideales caballerescos de honor, dignidad, gloria y vida noble (Salazar, 1986: 303).

Los ideales nobiliarios se alcanzaban a través de la posesión de un instrumento jerarquizador: la riqueza territorial, que era un instrumento eficaz para trastocar jerarquías y superar las barreras sociales, aunque la nobleza seguía siendo inaccesible a la mayoría. Sin embargo, el rey Felipe III (1598-1621), agobiado por las grandes deudas públicas –aunque la deuda estatal venía acumulándose paulatinamente desde los inicios del reinado de Felipe II–, vendió hidalguías, señoríos, títulos y puestos municipi-

¹ Para el presente estudio hemos utilizado la obra de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de Martín de Riquer, Madrid, Planeta, 2000, 2 vols. En cada cita se aprecian tres números: el primer número romano corresponde al volumen o parte de *Don Quijote*, el segundo número arábigo indica el capítulo y el tercer número, también arábigo, corresponde a las páginas.

pales, y con ello facilitó a muchos plebeyos ricos el ingreso en el estamento noble.

Por eso, Sancho Panza quiere ser conde o duque como los burgueses de su época, y piensa que la riqueza, aunque haya sido obtenida a través de trabajos un poco dignos, puede transformarse en nobleza: «¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida?» (I, 29, 314).

Felipe III no solo vendió los títulos nobiliarios sino también los obsequió a sus allegados para recompensarlos por sus servicios en el proyecto imperialista del rey. Del mismo modo, don Quijote también piensa usar estos procedimientos, alterándolos, para ascender a Sancho Panza:

—Sea par Dios —dijo Sancho—; que yo cristiano viejo soy, para ser conde esto me basta.

—Y aun te sobra —dijo don Quijote—, y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso; porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada (I, 21, 215).

En la España del siglo XVI, la fiebre nobiliaria era constante y generalizada. La «sociedad española de aquella época creía que el trabajo manual era degradante, y los trabajadores tenían conciencia de ello al ver una próspera nobleza cuya posición social era ansiosamente ambicionada por los plebeyos enriquecidos» (Pike, 1978: 142). Ante la vigencia de aquella creencia, los artesanos perdieron confianza en la dignidad de su labor y en el trabajo como medio de avance y desarrollo económico y social.

Por extensión, don Quijote también ilusiona constantemente con el ascenso social. Para alcanzar esto, naturalmente, el camino que escoge no es el trabajo común sino las armas, al modo

medieval pero en un mundo moderno y cruel. La ilusión nobiliaria solo se mantiene viva en la mente de don Quijote de la Mancha, pero cuando éste recupera su identidad natural e inicial de Alonso Quijano, el Bueno, la ilusión se desvanece, y en su lugar se establece la desilusión.

En consecuencia, don Quijote, como Sancho Panza, constituye el retrato paródico de una sociedad haragana y ociosa, atenazada por la miseria, ofuscada por la paradoja y la confusión entre la tradición nobiliaria medievalista y la burguesía naciente mercantilista.

1. La realidad sociológica del hidalgo Alonso Quijano

La novela comienza con la presentación de la realidad sociológica del héroe, es decir, el narrador cuenta cómo es el personaje y cuál es el entorno social en el que vive. La realidad sociológica del protagonista se presenta magistralmente en el primer párrafo del primer capítulo del *Quijote* de la primera parte. En el párrafo inicial, el héroe es presentado como «un hidalgo de los de lanza en astillero², adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor» (I, 1, 31). En esta presentación, indudablemente, se destaca en primer lugar el estado social y natural de don Quijote: su hidalguía, seguido de una enumeración de elementos militares vinculados tradicionalmente a los nobles; en cambio, su identidad personal poco esclarecida queda en segundo plano. Pues así se ha subrayado la condición social del personaje antes que los otros aspectos humanos, económicos y culturales, porque la noción de hidalgo, por su propia tradición, comprende una serie de privilegios y cualidades con respecto de las otras categorías sociales inferiores.

² *Astillero*, o lancera, percha en la que se ponían las lanzas en un sitio visible de la casa. Este detalle y el de la *adarga* (escudo) *antigua* testimonian la hidalguía de don Quijote, que conservaba las armas de sus antepasados.

Alonso Quijano, según la jerarquía nobiliaria fundada en la riqueza territorial del siglo XVI, es un hidalgo que pertenece a la nobleza sin título³; y, como tal y por su escasa hacienda, se ubica debajo del caballero y encima del escudero en la escala social. Se distingue con claridad por su hidalguía, pues ser hidalgo, según Covarrubias, «equivale a noble, castizo y de antigüedad de linaje; y el ser hijo de algo significa haber heredado de sus padres y mayores lo que llama algo, que es la nobleza [...]» (1979: 591). Su hidalguía y sus propiedades son herencias de sus ancestros. Al respecto, don Quijote esclarece perfectamente cuando expresa que «Bien es verdad soy hijosdalgo⁴ de solar conocido, de posesión y propiedad y de devengar quinientos sueldos⁵, y podría que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto o sexto nieto del rey» (I, 21, 214).

Del discurso del don Quijote se desprende que los hidalgos como él tienen un único patrimonio formado por las prerrogativas aristocráticas y el linaje esclarecido. Las prerrogativas les permiten disfrutar de la exención de todo género de tributos tanto reales como municipales y de otros privilegios comunes a

³ Hacia el siglo XVI, la nobleza había dejado de ser una clase homogénea; se dividía en dos categorías: nobleza con título y nobleza sin título. La nobleza con título se distribuía jerárquicamente en *grandes*, *duques*, *marqueses* y *condes*; y la nobleza sin título se ordenaba en *caballeros*, *hidalgos* y *escuderos*. Los grandes eran aquellos que poseían señoríos de enorme extensión; algunos de sangre real, a quines, entre otros privilegios, el rey les daba el tratamiento de *primos*. Los otros títulos, de segundo escalón, tenían también señoríos y rentas muy copiosas, en algunos casos tan elevados como las de los grandes. Los caballeros eran acaudalados y ocupaban la esfera más elevada de la nobleza sin título y constituía una casta social superior a la de los simples hidalgos; en cambio, los escuderos eran aquellos que servían a un *señor* (amo de criados, señor de vasallos) para poder sustentarse (Salazar, 1986: 89; Pike, 1978: 37; Fourquín, 1977: 100 y 101; Domínguez, 1979: 111).

⁴ *Hijosdalgo*, hidalgo; *solar*, casa, descendencia y linaje conocido.

⁵ Quinientos sueldos era el monto que un hidalgo recibía de los fueros de Castilla como compensación de un agravio; el que no era hidalgo sólo recibía trescientos.

todos los nobles, establecidos en el estatuto de solidaridad jurídica de la nobleza (García, 1981: 277). Pero carecen de la hacienda suficiente para considerarse caballeros o aspirar a un título; porque «[...] aunque [caballeros] lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres ...!» (II, 6, 603).

Para entonces, la estirpe noble y la sangre limpia ya no son suficientes para vivir como los nobles de los tiempos pasados, puesto que

[...] ser bien nacido y de claro linaje es una joya muy estimada; pero tiene una falta muy grande: que sola por sí es de poco provecho, así para el noble como para los demás que tienen necesidad, porque no es buena para comer, ni beber, ni caçar; ni para dar ni fiar; antes hace vivir al hombre muriendo, privándole de los remedios que ay para cumplir sus necesidades [...]» (Citado por Salazar, 1986: 101).

Porque al comienzo de la Edad Moderna, la nobleza, que constituía el grueso de la huestes medievales, pierde una de sus funciones tradicionales más importantes y una de las razones con se justificaba su poder: la vida militar caballeresca; pues las tropas nobiliarias son disueltas y son sustituidas por un ejército profesional y permanente, sujeto a la autoridad del rey⁶. Ante este cambio, los títulos y los caballeros supieron adaptarse mejor aprovechando las ocasiones para adueñarse de los cargos de mayor

⁶ La guerra en el siglo XVI era totalmente diferente a la guerra de la Edad Media; la organización y la estrategia se transformó hacia el año 1500. «La primera ruptura importante de los métodos convencionales de guerra, que predominaron en la época medieval, fue el triunfo de los cuadros de suizos armados con picas sobre los *caballeros* montados de Borgoña en una serie de batallas campales» (Parker, 1976: 39). La lección era inevitable: la infantería podía vencer en el campo de batalla a la caballería. Este giro en la eficacia militar eliminaba una restricción fundamental que venía limitando las proporciones de las guerras en Europa .

relieve en la corte, en el ejército y en la administración⁷, cargos que los nuevos tiempos ofrecían para nuevas formas de lucrar. En cambio, los hidalgos tuvieron que resignarse a arrastrar una vida monótona, nimia y sitiada por la pobreza. Pues la concentración de la propiedad territorial en manos de los grandes y caballeros, de los burgueses y letrados de la ciudad, «acabó de arruinar a estos nobles de medio pelo, incapaces de hacer frente con sus reducidos recursos a la subida vertiginosa de los precios y a los nuevos criterios de explotación y arrendamiento del suelo» (Salazar, 1986: 102).

Hasta tal extremo que la pobreza de los hidalgos se convierte en un lugar común de la literatura del Siglo de Oro, muy bien aprovechado como recurso cómico; por otro lado, incluso se hizo recurrente la creencia de que ser hidalgo era lo mismo que ser poeta, porque pocos se escapaban de la pobreza eterna o de una hambre perdurable. La figura famélica del hidalgo no solo ha sido recogida por la literatura y las frases populares, sino también ha quedado registrada en los documentos municipales: los padrones.

Pero desde la ficción, es don Quijote quien, al soltársele los puntos de las medias –señal de su miseria– en una habitación del palacio de los duques, se aflige extremadamente y reflexiona sobre la condición miserable de los seres de su condición social:

¡Oh pobreza, pobreza! [...] ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con otra gente? ¿Por qué

⁷ En el reinado de Felipe II, con el establecimiento de una Corte fija en Madrid, la burocracia administrativa se amplía más, pues con la ruptura de los viejos órdenes jerárquicos se implantan nuevas funciones que quedarán en las manos de nuevos *funcionarios*. De este fenómeno «es fácil darse cuenta –dice Domínguez– al ver cómo a partir de 1560 se enriquecen las serie documentales en nuestros archivos nacionales» (1979: 296). Y Felipe II, por haber impulsado el desarrollo de un estado burocrático acorde a sus fines imperiales, fue llamado como el «rey papelerero» o «rey burócrata» (Ruggiero, 1979: 259).

los obligas dar pantalia⁸ a los zapatos, y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abierto con molde? [...] ¡Miserable del bien nacido que dando pistos⁹ a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruero¹⁰ y el hambre de su estómago! (II, 44, 881).

Lo que llama la atención del hidalgo no es la penuria material que padece, sino la manía de presunción, del disimulo y los ademanes de gran señor, con la que trata de esconder los agujeros de las medias, los remiendos de los zapatos y el hambre del estómago. Esta forma de vivir del hidalgo pobre es una grotesca imitación de la lujosa y pomposa vida de los títulos y caballeros. Todo por no deshacerse del concepto tradicional de la honra que habría heredado de sus antepasados, porque si viviera acorde con las exigencias de su nueva realidad podría deshonorarse, y esto supondría quitarse de encima la reputación de noble y rico que su linaje la tuvo en algún momento de la historia. Otro ejemplo que ilustra la presunción de nobleza es el caso del escudero con el que se encontró Lazarillos de Tormes en las calles de Toledo. Lazarillo cuenta que el escudero

con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la

⁸ *Pantalia*, pantalla; porque del hollín recogido en las pantallas de las lámparas y candeleros se hacía una pasta que servía para dar lustre a los zapatos.

⁹ *dar pistos*, alimentar.

¹⁰ *Hilaza*, porción de fibra textil reducida a hilo; *herreruero*, capa corta con cuello y sin capilla.

capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta [...] Y sube por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no lo conociera pensara ser muy cercano pariente del conde Alarcos, a lo menos camarero que le daba de vestir¹¹.

Este escudero, en los espacios públicos, adopta ademanes del hidalgo rico; pero, en el espacio íntimo, esconde su miseria. La postura altiva de este escudero es la imagen de una sociedad en que la nobleza de fuerte tradición medieval, a la que pertenecen los hidalgos por su condición jurídica desde mediados del siglo XII, ha perdido sus antiguas funciones de clase guerrera, y que, en el siglo XVI, se ve obligada a exagerar las manifestaciones públicas de poder y superioridad, de compostura personal y de señales de posesión de pertenencias. Puesto que un caballero rico —que sirve de marco de referencia para los nobles pobres—, como el jerezano Pedro Riquelme, que litigó por su hidalguía contra el municipio en 1570, disfrutaba, según cita Domínguez, de

casas de las antiguas y principales, muy apartadas y aderezadas, con mucho tráfico de gente, y en una dellas tantas lanzas, adargas, alabardas, partesanas y escudos, que podían armarse veinte hombres ... Además de lo cual tenían muchos perros de caza, galgos, azores, falcones y tantos caballos buenos de rúa que no cabían en la caballeriza ... criados, escuderos, pajes, mozos, esclavos y otros atavíos de caballero hijodalgo (1973: 32).

Todos los elementos que se muestran en la casa de Riquelme son signos externos de prestigio social y poder económico del caballero. Por ejemplo, las lanzas y escudos, expuestos en la sala, expresan de las hazañas y hechos de armas en que se ha

¹¹ *Lazarillo de Tormes*, Lima, Universo, 1975, pp. 61- 62.

fraguado el linaje del señor; los perros y aves de caza indican que el caballero practica, como los príncipes y grandes, la caza, un ejercicio de guerra; los otros ornatos de la casa: la caballeriza repleta y la cuantiosa servidumbre completan la imagen de la aparatosa forma de vida del noble.

En cambio, el hidalgo rural, como Alonso Quijano, desea tener propiedades, aderezos y servidumbre copiosos y ricos como los de los caballeros principales, pero, como su escasa hacienda solo le admite cubrirse «con un trapo atrás y otro delante» (II, 2, 577), su vida se torna en un grotesco remedo de la opulencia de los poderosos nobles. Por ejemplo, Alonso Quijano, en vez de tener una armería muy bien cuidada y dispuesta en un lugar visible de la sala, posee una «lanza en astillero, adarga antigua» (I, 1, 31), y «unas armas que habían sido de sus bisabuelos¹², que, tomadas de orín y llenas se moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón» (I, 1, 37).

El hidalgo pobre, que lleva una vida ociosa todos los días del año, también trata de imitar los pasatiempos de los grandes poderosos; por ello suele ser aficionado a la caza y a la pesca. Incluso, según la observación del caballero del Bosque, ningún «escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín, un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea» (II, 13, 649).

El hidalgo rural Alonso Quijano, al igual que los duques o el don Diego de Miranda (caballero de Verde Gabán), era «amigo de la caza»; pero no posee aves de presa ni buenos caballos, sino «un galgo corredor» y «un rocín flaco», con «más cuartos que un

¹² Según este dato, las armas que vestirá don Quijote, a principios del siglo XVII, eran de finales del XV, es decir, de los tiempos de los Reyes Católicos; de ahí el asombro o la risa de los que lo vean vagar armado de este modo en tiempos de Felipe III. Quijote era un arcaísmo viviente.

real¹³ y más tachas que el caballo de Gonela¹⁴», más adecuado para montura de aldeano que para corcel de caballero, porque un rocín es, según la explicación de Covarrubias, «caballo viejo y cansado, cuales suelen ser los de los molineros y los demás de servicio, que no son para caballería de gente noble, ni para la guerra» (1979: 323).

La servidumbre del hidalgo Alonso Quijano no es cuantiosa como la del caballero rico, es decir, no está compuesta por escuderos, pajes, mozos y esclavos, sino que, simplemente, se reduce a «una ama que pasaba de los cuarenta, [...] y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera» (I, 1, 33).

Por otro lado, la alimentación del hidalgo manchego es muy escasa, pues no puede hallarse en su mesa la variedad y abundancia de manjares como en la de los títulos o caballeros, tampoco la limpieza, el aseo y la abundancia de los banquetes que don Diego de Miranda le ofreciera. Los alimentos habituales del hidalgo Alonso Quijano constituyen «Una olla algo de más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos» (I, 1, 33).

Esta dieta, cuya base fundamental es la *olla*, se asemeja más a la de los labradores pobres que a la de los títulos y caballeros¹⁵. La olla, un guiso de carne¹⁶, tocino, legumbres y hortalí-

¹³ Juego de palabras con dos sentidos de cuartos: moneda de poco valor y ciertas aberturas que se hacen en los cascos de las caballerías.

¹⁴ Caballo de Prieto Gonella, famoso bufón de la corte de los duques de Ferrara, tan escuálido que «todo era piel y huesos», según la anotación de Martín de Riquer en (I, 1, 38).

¹⁵ «La base de la comida de un caballero era la carne de carnero y caza» (Domínguez, 1979: 162).

¹⁶ El hidalgo Alonso consumía más la carne de vaca que la de carnero porque la carne de aquella era más barata. Esto indica que el futuro caballero manchego era pobre.

zas, cocido y sazonado, es el plato con que se alimentan los jornaleros en las noches. En una casa bien administrada suele haber dos ollas al día, pero en el caso del hidalgo Alonso Quijano, su hacienda solo alcanza para una olla diaria; en la noche, la cena es el *salpicón*, un plato compuesto por carne picada con sal que se comía a veces como fiambre. Este es un plato de gente pobre. Y los sábados consumía los *duelos y quebrantos* que «funcionaba como un eficaz exorcismo para ahuyentar las sospechas de sangre impura¹⁷» (Salazar, 1986: 108). Los duelos y quebrantos, un plato que no rompía con la abstinencia de los sábados, son tortillas de huevos con pedazos de tocino frito, según unos; según otros, es la grosura: cabeza, sesos, pies y manos. Las *lentejas* del viernes son la encarnación de la templanza; el *palomino* del domingo —un plato de carne de caza menor— apenas rompe con el sistema de alimentación frugal del hidalgo manchego.

El predominio de la carne de vaca —más barata por su reputación de inferior calidad— sobre la del carnero en la olla del hidalgo Alonso Quijano revela el espíritu mezquino con el que administraba su escaso patrimonio. A pesar de la mezquindad, el hidalgo «consumía las tres partes de su hacienda» en la alimentación y la otra parte sobrante invertía en el vestuario.

La sobriedad que el hidalgo manchego practica en el comer contrasta con el aspecto pulcro y limpio de su vestimenta, compuesta por «sayo de velarte¹⁸, calzas de velludo¹⁹ para las fiestas, con sus pantuflos²⁰ de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí²¹ de los más fino» (1, 1, 33). Más adelan-

¹⁷ Se refiere a los conversos de origen judío, quienes consumían los duelos y quebrantos para evitar sospechas y acusaciones.

¹⁸ *velarte*, paño de abrigo, negro o azul.

¹⁹ *velludo*, terciopelo.

²⁰ *pantuflos*, calzados que abrigan los pies, propios de gente anciana.

²¹ *vellorí*, paño entrefino de color pardo ceniciento.

te, el hidalgo luego de transformarse en caballero corrobora su modo de vestir cuando dice: «[...] ando siempre bien vestido, y jamás remendado; roto, bien podría ser; y el roto, más de las armas que del tiempo»²² (II, 2, 578). Como él, el hidalgo ahorra «comiendo mal y a puerta cerrada» —cuando no es decoroso que un noble coma solo— y «haciendo hipócrita al palillo de dientes» (II, 44, 881), al parecer, para adquirir trajes propios de su categoría social a la que, por su sentimiento de nobleza, no está dispuesto a renunciar, porque desea seguir aparentando las ceremonias y atuendos de los caballeros y títulos ante los hombres del pueblo o aldea, como bien había señalado Guevara cuando anotaba: «El pobre hidalgo que en el aldea alcanza a tener un sayo de paño recio, un capuz cerrado, un sombrero bueno, unos guantes de sobreaño, unos borceguíes domingueros y unos pantuflos no rotos, tan hinchado va él a la iglesia con aquellas ropas como irá un señor aforrado de martas» (1975: 75).

En las aldeas de pocos habitantes era muy difícil esconder la penuria de la olla, el remiendo del zapato, las necesidades de la casa y los apuros económicos. En tales casos, el hidalgo enfatizaba las actitudes de superioridad frente a los plebeyos, muchas veces más ricos que él, y protegía con vanidad y desdén unos privilegios que en muchos lugares se veían amenazados y puestos en discusión. Y las reglas habituales de la conducta de los caballeros e hidalgos consistían en desdeñar al villano, ubicarse por encima de él o rehuir su trato. Pero a pesar de estas conductas tan habituales entre los nobles y plebeyos de la época, «las relaciones personales entre don Quijote y Sancho son excelentes y constituyen todo un modelo de entendimiento entre hombres de distinta condición social» (Salazar, 1986: 120); sin embargo, en alguna ocasión don Quijote, irritado, llama a Sancho «villano harto de ajos»,

²² Posiblemente debemos entender: «y el ir yo roto, se debe más al roce de las armas con la ropa a que ésta sea vieja». Pues se consideraba más vergonzoso ir con remiendos que con rotos.

y en otra hasta le propina unos golpes de lo que luego se apesadumbra y se disculpa (Domínguez, 1979: 112). Las relaciones de estos personajes son una muestra de la forma de convivencia entre ambos estados o estratos.

Por ejemplo, los vecinos del hidalgo Alonso Quijano saben muy bien que la situación social y económica del «honrado hidalgo del señor Quijano» —nombre con el que lo conocen sus vecinos como el labrador Pedro Alonso— (I, 5, 66) es holgada con respecto de los pobres hidalgos de la zona norte de la Península como Asturias, Galicia, León, Bilbao, Castilla la Vieja (Salazar, 1986: 109; Domínguez, 1979: 171-172). Pues el hidalgo manchego es propietario de «muchas hanegas de tierra de sembradura» (I, 1, 34), cinco pollinos (I, 25, 266), gallinas buenas, gordas y bien criadas (II, 7, 606) y algunas yeguas. Estos bienes le permiten tener una vida apenas modesta, con ciertas restricciones en la olla.

La limitación económica y el empobrecimiento de los hidalgos responde a la práctica de la filosofía aristocrática: vivir sin trabajar, pero en una época en que el capitalismo se introduce lentamente en una sociedad de fuerte tradición medieval y estamental. En esta sociedad, el villano —con la concurrencia de los extranjeros y los conversos— es quien trabaja la tierra y ejerce los menesteres más humildes y deshonorosos; en cambio, las obligaciones de los nobles son el gobierno y la guerra, el ocio, el paseo y trato con sus iguales. Y si practican actividades como «labrar, cavar, transportar a lomo de asno madera o estiércol» (Bloch, 1979: 58) pierden su nobleza y los privilegios, o, en el mejor de los casos, comprometen la posibilidad de ascender a una capa superior de la cerrada nobleza. Por esta razón, sobre todo para no comprometer su nobleza, el hidalgo manchego «tiene un mozo de campo y plaza» (I, 1, 33) que realiza los trabajos cotidianos en la pequeña hacienda.

La ociosidad es uno de los rasgos privativos del noble rural. Al respecto, Salazar dice que de los «2.500 hidalgos que aparecen citados en las *Relaciones*, sólo doce viven de su trabajo; el resto llenaría sus interminables horas de ocio, como el caballero

del Verde Gabán, con la pesca, la caza, la lectura y el paseo» (1986: 112). Por eso, hacia el año 1600, la sociedad española se hace muy parasitaria hasta tal extremo que un solo labrador «debía alimentar a treinta no productores» (Vilar, 1981: 71).

Por ejemplo, en el caso de don Quijote, la ociosidad fue la madre de la locura de Alonso Quijano. Ya que «los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda» (I, 1, 34).

Pues la holgazanería del hidalgo, en la época, gozaba de prestigio social, por eso muchos de los estamentos no nobles aprendieron del aristócrata a vivir sin trabajar. Por ejemplo, Sancho Panza, contagiado de esta concepción y práctica nobiliaria de la vida, también piensa, como muchos, «comprar algún título o algún oficio» para vivir sin trabajar todo el resto de su vida. La ilusión de Sancho es producto de la proyección de la realidad. Una realidad como la que las *Relaciones* del pueblo de Almaguera (Guadalajara) manifiesta que «la gente es poco amiga de trabajar; los hidalgos, que no lo saben y pueden hacer, ni es de su género arar ni ir a cabar, y los labradores dependen²³ de ellos a olgar y pasear» (Suárez de Figueroa, 1913: 329). Para el hidalgo era deshonroso trabajar, pero no el servir a otros nobles más ricos.

La ociosidad ha hecho de los hidalgos unos lectores más entusiastas de las novelas de caballerías. Esta clase nobiliaria leía las novelas de caballería porque les servía como alimento espiritual y camino para la evasión nostálgica. Pues en los relatos caballerescos, los señores contemplaban un retrato recreado y embellecido de su propia vida social: «un mundo en que no aparece el mercader ni tiene importancia el dinero, en que el noble socorre a los miserables y desvalidos y mejora su fortuna con la

²³ *dependen*, aprenden.

profesión de las armas; un mundo, en fin, de soberbios castillos, soberanos majestuosos, damas gentiles y valerosos caballeros» (Salazar, 1986: 150).

Pero los nobles, en la Edad Moderna, viven apartados del ejercicio de la guerra y constituyen una clase cortesana, sumisa y ociosa, cuyo poder procede de la posesión de riquezas patrimoniales, del control de los instrumentos del poder político y de condiciones de privilegio legal frente a las otras clases de menor jerarquía. La distancia entre la clase noble real y la imagen arquetípica del caballero que los libros ofrecen es mayor y resulta difícil establecer correspondencia alguna. El arcaico y el deformado ideal de las historias caballerescas puede servir como entretenimiento a los nobles o como crónica estilizada de ritos caducos, cada vez más desvinculados de los ejercicios de la guerra, pero su beneficio parece más que dudoso y anticuado. Por eso, la alta nobleza, que durante el siglo XVI reconstruye y fortalece su poder, reformula los principios caballerescos heredados del medioevo, en otros más coherentes con las nuevas circunstancias, en las que la autoridad se ha de ejercer: en la superioridad de la sangre noble, la transmisión de cualidades y virtudes por el linaje, la ostentación y el lujo, el honor y la limpieza de sangre. La novela de caballería podrá servir como pieza de museo o pasatiempo con que endulzar el ocio, pero es poco apta para justificar espiritualmente la existencia de la clase ociosa, sobre todo, para hacer frente a las nuevas demandas doctrinales de la nueva época.

Pero no todos los nobles tendrán la misma suerte. Los hidalgos pobres y los escuderos, destituidos de sus antiguas funciones guerreras, quedan arruinados por la revolución de los precios y las crisis agrarias, y se ven aventajados por los villanos ricos y los burgueses ennoblecidos a través de la compra de hidalguías. El hidalgo, al ver el advenimiento de la edad de hierro y la disolución de su propia clase social, no puede reaccionar impasiblemente frente a la imagen más hermosa y perfecta de su

otrora esplendor que los relatos le ofrecen. En este sentido, «el libro de caballería es, para el hidalgo, el retrato embellecido de una sociedad en que su propia vida tenía una función precisa —el ejercicio de la guerra—, en que el hombre se podía engrandecer con el valor de su brazo, y en que la aventura se ofrecía como incitación constante para desplegar las más altas virtudes» (Salazar, 1986: 151). No es raro que la nobleza inferior, privada de los medios más elementales para justificar su subsistencia, contemple con nostalgia ese pasado cristalizado en la historia de los caballeros, y que algunos hidalgos malgasten sus haciendas como Alonso Quijano «que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías» (I, 1, 146), libros que le permitan ahuyentar de la imaginación las calamidades de la edad presente tan cruel. La manía de leer historias de caballerías es conforme con la ideología conservadora, la nostalgia por el pasado y la situación social del hidalgo como Alonso Quijano.

Este hidalgo manchego, quien guarda las armas de su bisabuelo como recuerdo de la edad dorada, cansado de soñar el pasado, tratará de revivir las fantásticas historias que dormían en las páginas de su biblioteca. De tal modo, finalmente, la lectura convierte el ocio en acción y la palabra en vida, y el hidalgo Alonso Quijano en el caballero andante don Quijote de la Mancha.

2. La autopromoción social del hidalgo en caballero

La transformación del hidalgo Alonso Quijano en el caballero don Quijote de la Mancha es producto de la locura del hidalgo, quien, cuando se le seca el cerebro de tanto leer novelas de caballerías, pierde la capacidad de lo concreto, de lo real, es decir, el juicio, y solamente se queda con la capacidad de la fantasía: la ilusión. A partir de este desequilibrio mental —que consiste en la superposición de la fantasía sobre la cordura—, el hidalgo cambia de personalidad y actúa como un loco. Y la locura constituye en él una puerta de evasión al mundo de la ilusión y, al mismo

tiempo, el motor para la exteriorización de sus ilusiones. De tal modo, la manifestación de la locura de don Quijote se realiza con total plenitud cuando llega a poner en práctica las fantasías que bullen dentro de su cabeza desde el primer capítulo de la novela.

La exteriorización de las fantasías del Quijote y su actuación de acuerdo con ellas arranca con la autopromoción social del hidalgo en caballero. La autopromoción social del Quijote consiste en ponerse el *don* y arremeter a caballero. Desde el momento en que arremete a caballero olvida su hidalguía y actúa como caballero andante²⁴ y, como tal, sale en busca de aventuras para que, luego de deshacer «todo género de agravio», «cobrase eterno nombre y fama» para, finalmente, verse «coronado con el imperio de Trapisonda» (I, 1, 36).

Don Quijote trata de resucitar la edad dorada medieval en la que los caballeros andantes tenían a su cargo «la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos», «el castigo de los soberbios y el premio de los humildes»²⁵ (II,

²⁴ Don Quijote distingue dos tipos de caballeros: cortesanos y andantes. Los cortesanos son aquellos que, «sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarle blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdadero, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies» (II, 6, 601). Don Quijote, como caballero andante, recorre con su caballo Rocinante buscando aventuras por campos y sierras semidespoblados. Y en esa búsqueda, se encuentra con una infinidad de personaje episódicos, casi siempre, en el campo en donde don Quijote dicta las leyes del juego. El caballero andante atrae hacia sí, a modo de imán, a las realidades humanas más diversas (Márquez, 1975: 230-231).

²⁵ Hacia el siglo XII, según el código caballeresco, el caballero recibía la espada para ponerla al servicio de buenas causas. De tal modo, con su espada, el investido caballero defendía la Santa Iglesia, en particular contra los paganos; protegía a la viuda, al huérfano y al pobre; perseguía a los malhechores (Bloch, 1979: 44). Por eso es que don Quijote expresa «que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien en la tierra; pero los soldados y los caballeros ponemos en ejecución lo que

1, 569-570); es decir, actuaban como defensores de la justicia. Por eso, este héroe –impregnado de la filosofía conservadora– actúa al estilo medieval, porque los caballeros de entonces tenían una función guerrera y a través del ejercicio de las armas alcanzaron gloria, riqueza y poder, incluso «algunos –como dice don Quijote– subieron a ser emperadores por el valor de su brazo» (I, 13, 129). Y la elevación social a través del «valor del brazo», para los caballeros, constituye la vía más noble conforme con el espíritu caballeresco que se define a partir del supremo valor del esfuerzo individual acreditado ante situaciones de máxima adversidad y riesgo en las aventuras (Márquez, 1975: 175). Y una de las formas de la aventura caballeresca era la guerra. Pues ésta, como una actividad de aliento caballeresco, les permitía obtener como resultado último y natural la conquista de reinos, el dominio político y patrimonial de tierras y vasallos, y la elevación en el rango social. Esta conquista no era sino el premio que se concedía al combatiente durante la Edad Media, así lo explica Jorge Manrique en sus *Coplas*, cuando nos dice que su padre, el Maestre don Rodrigo:

... fizo guerra a los moros
 ganando sus fortalezas
 e sus villas ...
 ... y en este oficio ganó
 las rentas e los vasallos
 que le dieron (1977: 158).

Pero don Quijote, con el ejercicio de la caballería acorde con la moral caballeresca del esfuerzo y de la fama opuesta a la moral moderna humanista de la prudencia y el gustoso anonimato,

ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas [...] Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia» (I, 13, 129).

no consigue la distinción personal ni la fama ni la riqueza que le diera poder, sino cosechó infinitos estacazos. Este resultado adverso es consecuencia del desajuste entre la arcaica concepción del hombre que don Quijote encarna y, al mismo tiempo, actualiza en sus relaciones sociales, y los principios modernos con los que la sociedad española empieza regirse.

Don Quijote se autopromociona porque ve en el título de caballero el primer paso de una larga carrera de éxitos, de gloriosas guerras y triunfos personales, que debe terminar con la conquista y gobierno de un rico y extenso reino, porque, en palabras de don Quijote,

la vida de los caballeros andantes está sujeta a mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia pronpicua de²⁶ ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos cabaleros [...] (I, 15, 151).

[...] pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino [...] (I, 50, 523).

Es verdad que don Quijote, según el Código caballeresco, no puede ser caballero puesto que es pobre, loco, ni valiente y esforzado porque está agobiado por los años y la enfermedad. Su pobreza no le permite ascender a la categoría de caballero, pero como tiene la aspiración social de promocionarse como tantos hidalgos de su condición, usurpa un *don*²⁷ para anteponerse a su nombre. Al usurpar un *don* que no le corresponde, don Quijote escandaliza al vulgo y a los hidalgos; el vulgo acusa a don Quijote de ser un «grandísimo loco» y a Sancho de «no menos mente-

²⁶ *está en potencia pronpicua de*, está a punto de.

²⁷ Un *don* es un «título honorífico, que se da al caballero y noble y al constituydo en dignidad» (Covarrubias, 1979: 482), «cuyo uso [por entonces] sólo podía ser autorizado por la Cámara de Castilla» (Domínguez, 1979: 112).

cato»; en cambio, los hidalgos critican el hecho de que el fingido caballero andante, «no conteniéndose [...] en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra²⁸ y con un trapo atrás y otro adelante» (II, 2, 577). Del mismo modo, el ama y la sobrina lamentan que su tío y señor se imagine caballero, «no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres» (II, 6, 603). Los labriegos, al igual que los hidalgos, no pueden ocultar su asombro, por eso, lanzan contra el falso caballero su socarronería y buena memoria. Un ejemplo claro es el caso de la labradora Teresa Panza quien, tras discutir con su marido Sancho, le dice a éste: «Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras, y degadnos a nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos la mejorará como seamos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso a él *don* que no tuvieron sus padres ni sus agüelos» (II, 5, 597). Por consiguiente, queda bien claro que, para los demás, don Quijote no fue nunca un caballero, sino simplemente un hidalgo. Pues, según cita Américo Castro, el *don* requería sostenerse en un rango social muy elevado, y valía más trabajar sin *don* que querer sostenerlo sin medios; en cambio, la pequeña y pobre hidalguía solo requería de cuidados (Castro, 1972: 223).

Por otro lado, dijimos que don Quijote no puede ser caballero por padecer la locura, la vejez y la enfermedad. Estas limitaciones se las hace notar la sobrina de don Quijote cuando le dice «que se dé a entender que es valiente, siendo viejo; que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo [...]» (II, 6, 602-603). Las observaciones de la sobrina no distan mucho de las leyes de la caballería establecidas en el *Código de las partidas*, de Alfonso X, el Sabio. Precisamente, la ley XII del

²⁸ *cuatro cepas*, cuatro paredes de solar; *dos yugadas de tierra*, dos parcelas de tierra.

título XXI de la *Partida segunda* legisla que los caballeros «[...] de una parte sean fuertes y bravos, y de otra parte, mansos y humildosos». No debe ser caballero «el que es loco o sin edad», «hombre muy pobre» o «el que una vegada²⁹ hubiese recibido la caballería por escarnio» (Alfonso X, 1961, título XXI, leyes 7 y 12). En consecuencia, don Quijote no podía ser caballero porque estaba loco, lo que ya le excluía totalmente de la orden de caballería; además era pobre. Pero aunque don Quijote hubiese recobrado la cordura y se hubiese enriquecido, tampoco hubiera podido ser caballero porque, contra lo establecido en la ley, recibió la caballería «por escarnio», de las manos del ventero³⁰, que no tenía potestad para hacer y que con sus burlas no hizo más que escarnecer la «tan noble cosa como la caballería».

Pero estas limitaciones físicas, mentales, económicas y legales no quitan legitimidad y verosimilitud a los propósitos de don Quijote que son, en esencia, idénticos a los que empujan a tantos hombres de su misma condición a dedicarse al «honroso y digno ejercicio de la guerra» para ascender en el estamento de la nobleza (I, 42, 457).

3. Vía tradicional de promoción social del hidalgo: las armas

Casi hasta finales del siglo XVI, el camino que podía emprender un hidalgo como don Quijote, para salir de la pobreza y alcanzar un escalón más alto en la sociedad, era a través del ejercicio de una de las tres profesiones: la iglesia, o las armas, o el comercio.

Con conocimiento de estas formas de movilidad, por ejemplo, el hidalgo de León, el padre del Capitán Cautivo, tras reparar su hacienda entre sus tres hijos y conservar una parte para su

²⁹ *vegada*, vez.

³⁰ *ventero*, persona que tiene a su cuidado y cargo una venta para hospedaje de pasajeros o viajeros; *venta*, casa establecida en los caminos o despoblados para el hospedaje de los pasajeros.

propio sustento, orienta a sus hijos en el sentido de que ellos pueden alcanzar honra y provecho con el ejercicio de una de las profesiones ya mencionadas. Por eso, en este sentido, señala que

Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer, muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia; y el que yo digo dice: *Iglesia, o mar, o casa real*, como si claramente dijera: «Quien quiere valer y ser rico, siga, o la Iglesia, o navegue, ejercitando el arte de la mercancía, o entre servir a los reyes en sus casas»; porque dicen: «Más vale migaja del rey que merced de señor». Digo esto porque quería, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa; que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama (I, 39, 416).

De tal modo, el primogénito, Ruy Pérez de Viedma, el Capitán Cautivo, eligió el ejercicio de las armas para servir con ellas «a Dios y al rey»; y «en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió a ser capitán de infantería, y a verse en camino y predicamento³¹ de ser presto maestre de campo³²» (I, 42, 456).

El segundo de los hermanos «escogió irse a las Indias, llevando la hacienda que le cupiese» (I, 39, 416); y se hizo rico en el Perú, desde donde ayudó a su familia, y entregó a su padre la hacienda con que «poder hartar su liberalidad natural» (I, 42, 457). Y el menor, Juan Pérez de Viedma «dijo que quería seguir la Iglesia, o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca» (I, 39, 416-417). Y al terminar sus estudios en la universidad, obtuvo el grado de licenciado, luego fue nombrado Oidor en la Audiencia de México (I, 42, 456).

³¹ *predicamento*, opinión o estimación que se tiene de una persona.

³² *maestre de campo*, jefe superior de un tercio de infantería.

De estos tres caminos, el comercio con destino a las Indias fue menos practicado por los hidalgos porque era calificado como infame, además desde fines del siglo XVI se había tornado inseguro y poco rentable. Y la llegada del siglo XVII produjo la cancelación de muchos negocios que significó el fin de la prosperidad comercial. Por lo mismo, el refrán, con el que el padre del Capitán Cautivo trataba de orientar a sus hijos, quedó reducido a *Iglesia y casa real*. Por consiguiente, dos son las vías -letras y armas- que permitían al plebeyo el acceso a la nobleza, por un lado; por el otro, al escudero o al hidalgo pobre la obtención de dignidades más altas dentro de ella. En este mismo sentido, Jerónimo de la Cruz, hacia 1637, había escrito: «[...] la fidalguía, y nobleza tuvieron principio, o de las *letras*, o de las *armas*, o de ambas cosas» (1637: 5). Y don Quijote, precisamente, tiene presente estas dos vías, por eso cuando se dirige a su ama y sobrina dice: «Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las *letras*; el otro, el de las *armas*» (II, 6, 604).

El interés hacia el tema de las armas y las letras se explica por los cambios políticos producidos en los inicios de la Edad Moderna. Pues desde el siglo XV, la monarquía absoluta se apoya en un aparato judicial y administrativo constituido por licenciados universitarios, y en un ejército profesional subordinado a las órdenes del rey. Letrados y soldados son los auténticos forjadores del Estado moderno; esta afirmación se sustenta en el enunciado del fray Benito de Peñalosa, quien anota: «[...] la autoridad Imperial, su lustre y resplandor, pende, así de las letras, como de las Armas. Son las letras y las Armas dos Polos sobre que se mueve y sustenta toda la monarquía de las Esferas de una concertada, y acordada República» (Citado por Salazar, 1986: 125).

Indudablemente, la complicada maquinaria estatal del imperio español, para atender sus necesidades, capta cada vez mayor cantidad de funcionarios procedentes de los estratos medio e inferior de la nobleza. Esta tendencia refleja mejor la universi-

dad de distintas formas: las carreras superiores se convierten en un medio para conseguir puestos elevados en la administración imperial; las universidades crecen; la finalidad de los estudiantes era llegar a la administración o el sacerdocio, pero las leyes constituían el primer escalón para los que aspiraban a elevados puestos de la Magistratura y la administración del Estado, por eso, desde la segunda mitad del siglo XVI, se produce un notable aumento del número de alumnos matriculados en leyes, en detrimento del estudio de otras carreras, incluso de la teología (Domínguez, 1979: 322).

Don Quijote dice que las letras y las armas son los caminos que conducen a los hombres a ser ricos y honrados; pero, luego, aclara que «han fundado más mayorazgos³³ las letras que las armas» (II, 24, 743). La disputa sobre la preeminencia entre las armas y las letras era un tema clásico —recordemos el discurso de don Quijote sobre este asunto (I, Cáp. 37 y 38)—, pero el término *letras* no tenía el sentido que hoy tiene, sino significaba los estudios jurídicos. En este contexto de la disputa, se hacía escasos premios a las virtudes guerras debido a la creciente influencia de la burocracia que acaparaba los cargos lucrativos.

³³ Mayorazgo, en la historia española, es un tipo de propiedad vinculada durante las edades media y moderna. Consistía en la separación de ciertos bienes que se convertían en inalienables dentro de una familia por orden sucesorio habitualmente basado en la primogenitura. Aunque se conocen anteriores licencias reales para vincular patrimonios, la práctica se generalizó en la segunda mitad del XIV, con la llegada de la Casa de Trastámara al poder en Castilla. La nueva dinastía recompuso y consolidó de esta forma el poder de la nobleza y se ganó su apoyo. En las Leyes de Toro (1505) quedó fijado el perfil jurídico del mayorazgo como concesión regia y asociado a la riqueza nobiliaria. En los siglos XVI y XVII los mayorazgos experimentaron un proceso de concentración debido al régimen de primogenitura y a la política matrimonial endogámica de la nobleza. Ello provocó la crítica de los ilustrados, que veían en la propiedad vinculada la causa del atraso económico de España. Hasta el siglo XIX no se adoptaron medidas liberalizadoras de la propiedad (Domínguez, 1979: 117–118; Fourquín, 1977: 100–109).

Estos fenómenos se intensificaron en el siglo XVII y originaron importantes consecuencias. Una de ellas es la que señala Domínguez:

La Nobleza media e inferior, que había formado el nervio de nuestros ejércitos, mostró cada vez menos entusiasmo por la profesión guerrera y se dedicó a buscar los corregimientos, las cátedras, las togas y las mitras, y para hacerlo con mayores facilidades invadió los colegios mayores, falseando por completo su finalidad, que era la de facilitar los estudios a jóvenes sin recursos. Luego dominó la universidad apoderándose de las cátedras (1979: 323).

Esta actitud obedece a que el título universitario y el empleo que con él se logra son una manera cómoda de alcanzar la hidalguía o de dar esplendor a la nobleza heredada; porque entre los nobles, según el fray Guardiola, debe incluirse a «[...] los Doctores, por quanto estos tales al mesmo punto que son graduados alcançan el título y renombre de nobleza ... por quanto la ciencia en grande manera ilustra, pues que no solamente ennoblece interiormente, mas aun exteriormente» (Citado por Salazar, 1986: 126). En este mismo sentido, Cervantes también considera que «[...] las letras humanas [...] tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras a los obispos» (II, 16, 674).

Como dijimos, la tendencia creciente hacia las letras se hace común en el siglo XVII, porque la decadencia económica, la revolución de los precios, la crisis agraria y la inseguridad general obligan a muchos nobles a cursar estudios y a procurarse un cargo para poder mejorar sus menguadas rentas e ilustrar sus blasones. Por esta misma arazón, los hijos de los hidalgos y caballeros que aparecen en el *Quijote* muestran una insistente afición por los estudios universitarios; por ejemplo, Juan Pérez de Biedma, el hermano del Capitán Cautivo, estudió leyes y llegó a ser Oi-

dor de la Audiencia de México; Grisóstomo, hidalgo rico de un pueblo manchego, «había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar, con opinión de muy sabio y muy leído» (I, 12, 121).

Por su parte, don Lorenzo, el hijo de don Diego de Miranda (caballero de Verde Gabán), en contra de la opinión de su padre y la tendencia más común entre los jóvenes de su clase social, prefiere el estudio de la poesía griega y latina, pero no la teología ni las leyes. Ante esta preferencia de su hijo, don Diego, con cierta preocupación, comenta a don Quijote:

Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca, aprendiendo las lenguas latina y griega; y cuando quise que pasase a estudiar otras ciencias, hállele tan embebido en la de la poesía, si es que se puede llamar ciencia, que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras (II, 16, 672).

Queda claro que la insistencia de don Diego de Miranda en modificar la vocación de su hijo no es caprichosa ni casual, sino acorde con el deseo común que dominaba en el siglo XVII. Letras (leyes) y teología son carreras que ofrecen más posibilidades de encontrar empleo y de lograr el éxito profesional. La primera permite el acceso a puestos seguros y bien remunerados en la administración de la justicia; la segunda permite al hidalgo pobre ordenarse sacerdote para vivir holgadamente con las diferentes rentas.

La Iglesia constituye el refugio más seguro contra las calamidades del siglo. Por ejemplo, en la vida de don Quijote no está del todo ausente la idea de ser eclesiástico. Sancho recuerda que a su amo «de quería aconsejar personas discretas, aunque, a mi parecer, mal intencionadas, que procurase ser arzobispo» (II, 13, 648).

Al final don Quijote, para pretender la conquista de la riqueza y la honra, elige no el camino de las letras (leyes y teología), sino el de las armas. Pues su inclinación hacia las armas está marcada por su naturaleza. Por eso confiesa con convicción cuando dice que «yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte» (II, 6, 604).

Naturalmente, la auténtica vocación del hidalgo son las armas; con ellas han alcanzado y mantenido sus antepasados la nobleza, incluso el más pobre escudero conserva en su casa solariega las armas de sus bisabuelos, como recuerdo de la tradición de su linaje.

La función guerrera del noble en la sociedad medieval era muy clara. Pero en el siglo XVI, el protagonismo de los nobles disminuye, porque las tropas de caballeros e infanzones serán sustituidas por un ejército profesional y permanente, debido a que la guerra cambia de forma, de tal modo, el arrojo personal y los combates singulares dan paso a la técnica, al cálculo y la disciplina, como claves de la victoria. A pesar de estos cambios, «el recuerdo de los orígenes guerreros de la nobleza permanecerá vivo durante la Edad Moderna, y la vida militar seguirá siendo considerada más propia de nobles y caballeros, que de cualquier otra categoría social» (Salazar, 1986: 129). Por eso muchos nobles, aunque a título personal y ya no como estamento, se enrolan en el ejército. Y si la afición a las armas es, en el caballero rico, el producto de la fogosidad juvenil y el deseo de conocer el mundo, para el hidalgo, en cambio, es una inclinación forzosa y remedio de muchas calamidades y penurias. En el ejército, el noble vuelve a encontrar una función social que le permite vivir con cierta holgura y desempeñar una actividad honrosa y digna, con que podía engrandecer y dar lustre a sus blasones; «ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama» (I, 39, 416).

Por otro lado, las estrecheces en que vive el hidalgo Alonso Quijano, junto a los deseos de hacerse caballero y alcanzar la honra³⁴, prestan verosimilitud a la decisión de abandonar su casa e «ir por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras» (I, 1, 36).

La penuria era el origen de muchas historias de soldados y de muchos hechos de armas protagonizados por los hidalgos. Por ejemplo, la decisión de don Quijote de armarse caballero e irse por el mundo en busca de aventuras tiene una analogía con la de Alonso Enríquez de Guzmán, quien, en las *Relaciones, Reino de Toledo*, levantadas por Viñas Mey y Ramón Paz, por mandato de Felipe II, cuenta que al empezar su mocedad

El año de mill e quinientos e diez e ocho e medio, syendo yo de hedad de diez e ocho años, çerca de diez e nueve, hálleme syn padre y pobre de hazienda y rico de linaje ... e congoxado de la pobreza y deseoso de la riqueza acordé de yr a buscar mis aventuras. Y salí de la çiudad de Sevilla, do fue mi naturaleza, en este tiempo que arriba digo, con un caballo e una mula e una azémila y una cama y sesenta ducados (citado por Salazar, 1986: 132).

Otro caso, en el plano ficcional, es del mozo de dieciocho o diecinueve años con el que se encuentra don Quijote en el cami-

³⁴ «El noble, que hereda en la sangre las virtudes de sus antepasados, y disfruta del poder, la riqueza y los privilegios propios de su categoría, posee también el honor en su más alto grado. El *honor* es [...] el reconocimiento y la reverencia que la sociedad otorga al individuo de linaje ilustre, o elevada posición que responde adecuadamente a las obligaciones de su rango. La *honra* tiene, por ello, un doble aspecto: supone por un lado, la consideración de los superiores, el respeto de los iguales y la sumisión de los inferiores; e implica, además, un conjunto de deberes y normas de conducta que el sujeto debe cumplir si no quiere verse infamado. [...] en sentido estricto, el único honor autentico es el del noble, y su posición guarda relación directa con el rango social» (Salazar, 1986: 229; las cursivas son nuestras). «El depositario del honor ha de ser, ante todo, noble y rico» (Ibíd., 233). «La riqueza, como signo externo de superioridad social, es uno de los requisitos indis-

no cuando éste se dirigía hacia una venta después de salir de la Cueva de Montesinos. El mozo, provisto de una espada, iba por el camino con la intención de alcanzar a una compañía de infantería más próxima, y mientras caminaba cantaba seguidillas como la siguiente:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera, en verdad (II, 24, 741).

El mozo va a la guerra espoleado por la pobreza, y para superarla ha preferido «tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra» (II,24, 742), es decir, ha optado por el camino de las armas. Esta decisión del mozo es elogiada por don Quijote, quien le dice que «no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego, a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra» (II, 24, 742). Pues los mozos como éste o los escuderos pobres, como el Capitán Cautivo, sueñan con acumular las riquezas y la gloria necesarias para titularse *caballeros*, por eso anhelan volver de la guerra mejorados en honra y hacienda.

Los sueños de ascenso mediante las armas, en los personajes de ficción, es una proyección de la práctica social real de la época. Por ejemplo, en los pueblos de la Mancha, muy cerca del lugar donde don Quijote enloquece y sueña, las *Relaciones* testimonian de soldados que han merecido por su valor los títulos más honrosos. En este sentido, los informantes de *Carrión de Calatrava* (Ciudad Real) refieren a «López Naranjo, que por ser valiente, Su Majestad le hizo caballero de armas y siendo capitán murió en guerra» (Citado por Salazar, 1986: 133).

El ennoblecimiento a través del ejercicio de las armas obedece a una concepción de guerra de origen medieval que aún esta-

ba vigente en la política imperial de la Casa de Austria. Y don Quijote adopta esta concepción de guerra como guía de sus actos; del mismo modo, los otros hidalgos reales también se lanzan a la conquista de imperios milenarios con la misma ideología. Por ejemplo, Hernán Cortés, el conquistador de México, cuando arenga a sus soldados, utiliza los mismos conceptos que don Quijote hubiese usado para conmovier a su escudero: «[...] yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes» (López de Gómara, s.f.: 301).

Las recompensas que codicia Hernán Cortés son las mismas que desea don Quijote: llegar a ser rico y honrado; disfrutar de la *hacienda* que proporcionan las tierras y vasallos conquistados, y la *honra* que se alcanza con la ejecución de célebres hechos de armas. Además, tanto Cortés como don Quijote, tienen clara conciencia de que la honra que se conquista por la guerra es más firme que las demás honras³⁵. Pero cuando Alonso Quijano se transforma en caballero andante, hace muchos años la conquista del Nuevo Mundo ha terminado, sin embargo, aún los soldados estaban empapados del espíritu caballeresco, porque los hechos de la conquista eran extraordinarios, ya que muchas páginas de las crónicas indias se parecían a los relatos caballerescos que había leído nuestro hidalgo.

Pero la aspiración a la honra del hidalgo manchego –por más que éste haya escogido el camino de las armas– no es aceptada por sus vecinos, ni aprobada por la opinión ajena, y solo puede interpretarse, desde la postura antihidalguista, como una muestra de presunción o como un motivo para la burla y el desprecio (Castro, 1972: 220-223). Por eso, los hidalgos critican a don

pensables para poseer honor» (Ibíd., 235).

³⁵ Sabemos que, en el mundo de la nobleza, la riqueza engendra honra, pero no aquella riqueza adquirida con «oficios indignos» como la artesanía y el comercio

Quijote de haberse añadido un *don*, y haber arremetido a caballero (II, 2, 577) sin que su insuficiente hacienda se lo permita; del mismo modo, los caballeros no aceptan la competencia de hidalgos escuderiles o pobres, que «dan humo a sus zapatos³⁶ y toman los puntos de las medias negras con seda verde» (II, 2, 577). En suma, casi todos los vecinos tienen al hidalgo por un loco desgraciado e impertinente.

Don Quijote, desde el momento en que sale de su casa, nunca tiene una acción bélica digna de caballero, sino más bien es objeto de burla a lo largo de la novela. A las burlas se suman los golpes groseros de sus eventuales contrincantes: los palos del mozo de mulas (I, 4), los estacazos de los yangüeses (I, 15), las pedradas de los pastores y los galeotes (I, 18 y 22), o el candilazo del cuadrillero (I, 17); en consecuencia, el pobre hidalgo, que pensaba obtener la riqueza y, consiguientemente, la honra con el valor de su brazo, es constantemente despojado de su dignidad; y descende, a fuerza de paliza y mojicones, todos los escalones de la infamia.

No solo las acciones, sino también las armas, que para el noble son el escudo de la honra, llegan a ser, en la novela, un elemento más de esa constante «parodia del honor que don Quijote escenifica en sus aventuras» (Salazar, 1986: 269). Por eso, desde el primer capítulo, el hidalgo manchego viste unas armas llenas de orín y mohó y se cubre el rostro con una celada de cartón; más tarde sustituye su lanza por una rama del árbol (I, 8, 92), y se pone, finalmente, con una bacía que arrebató a un barbero (I, 21, 208). De tal modo, la grotesca figura del hidalgo se convierte en una parodia del código del honor de la hidalguía; sus fracasos, en la expresión permanente del desengaño o de la desilusión.

que no dan honra, sino la ganada con el ejercicio de las armas.

³⁶ Se daba lustre a los zapatos con humo disuelto en agua.

4. La desilusión social de don Quijote

A esta altura del discurso, podríamos decir que la ilusión de la promoción social y la práctica de ésta terminan con el fracaso y la desilusión de don Quijote. El fracaso, para don Quijote, se manifiesta concretamente cuando éste, en un duelo de caballeros, es vencido por el caballero de Blanca Luna. Al verse derrotado, le ruega con cierto dramatismo: «Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra» (II, 64, 1041). Don Quijote expresa así porque, como perfecto conocedor de las costumbres plasmadas literalmente en los libros de caballerías, tiene plena conciencia de que el caballero gana la honra con la derrota de su contrario, y la pierde cuando es vencido. De tal modo, el supuesto honor del Quijote pasa a favor y en provecho de su contendor. Esta concepción se ilustra mejor cuando el caballero del Bosque se jacta:

[...] lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, [...] y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los he vencido a todos; y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona (II, 14, 655).

Don Quijote fracasa como tal porque vive de espaldas a la realidad. Por un lado, sueña con ascender hasta la capa más alta de la nobleza a través del esfuerzo personal cuando en la sociedad precapitalista en la que vive, para fines de movilidad social ya no valía la virtud individual, sino, sencillamente, «el poder y el dinero», medios por los cuales muchos ricos aldeanos entraron en la categoría de hidalgos, «los hidalgos pasaron a caballeros y muchos de éstos alcanzaron títulos en Castilla» (Domínguez, 1979: 117). Por otro lado, padece una ceguera

ante sus propias limitaciones y ante los impedimentos que el mundo le impone. El hombre que ha de empuñar las armas, ha de tener, según las leyes de la caballería, mocedad, brío, riqueza, linaje y sano juicio; en cambio, don Quijote es «seco de carnes y enjuto de rostro», viejo y débil, pobre de fuerza como de hacienda.

Don Quijote, víctima de su propia ilusión y farsa, es el ejemplo vivo de unas ínfulas caballerescas que, al encarnarse en un hidalgo risible y decadente, adquiere una dimensión cómica y ejemplar, sobre todo cuando el hidalgo pobre sueña con los esplendores de una edad pasada y arremete a caballero con la esperanza de remontar hasta las cimas de la gloria, del poder y la fama. Pero ha vivido ilusionado y engañado, por eso ha protagonizado una farsa, con evidentes repercusiones sociales. Al final ha tenido que tropezarse con la *realidad* vigente y asumir sus crudas verdades. Al lograr el conocimiento de la realidad, sobre todo al recuperar la capacidad de lo concreto, descubre su lugar en el mundo, recobra la razón, vuelve al orden natural, finalmente, se desilusiona. Esta desilusión, que aparece momentáneamente en varias partes de la novela³⁷, alcanza una revelación definitiva e irreversible en el capítulo final de la historia, exactamente, cuando don Quijote recupera la cordura. En ella radica el mayor triunfo del personaje central, es decir, en la desilusión. A partir de ésta, el hidalgo manchego, ya postrado y vencido en su lecho de muerte, después de haber renunciado a ser caballero victorioso y aprendiz de emperador, reconoce y confiesa su propio desengaño cuando dice:

Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y

³⁷ Cfr.: «Engañado he vivido hasta aquí [...] que en verdad que pensé que era castillo, y no malo» (I, 17, 169); «[...] ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño» (II, 11, 637).

continua leyenda³⁸ de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecocos³⁹, y no me pesa sino que *este desengaño ha llegado tan tarde* (II, 74, 1093; la cursiva es nuestra).

El desengaño o la desilusión del hidalgo es sabiduría y verdad, puesto que el héroe desilusionado ha logrado conocerse a sí mismo; por eso mismo, dice: «[...] ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*» (II, 74, 1094).

El héroe, al conocerse a sí mismo a partir de la recuperación de su capacidad de lo concreto, alcanza conciencia plena de su identidad natural e inicial de hidalgo pobre, por un lado; por el otro, renuncia a su falsa identidad de caballero. Podríamos decir que, al renunciar a su inventada identidad, desiste a su ilusión práctica: don Quijote, pues don Quijote es una ilusión práctica del hidalgo Alonso Quijano, el Bueno. Esta aseveración, el mismo héroe ratifica cuando reconoce que exteriorizó una doble personalidad en distintos tiempos: «Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno» (II, 74, 1096). De tal modo, al final de la historia, la promoción social de hidalgo a caballero y la usurpación de un *don* quedan en el plano de la ilusión pura del hidalgo manchego.

En conclusión, don Quijote, una ilusión práctica del hidalgo Alonso Quijano y catalizada por la locura⁴⁰, es una dolorosa caricatura y parodia de las ilusiones de tantos hidalgos de la época

³⁸ *leyenda*, lectura.

³⁹ *embelecocos*, artificios, engaños.

⁴⁰ La locura de don Quijote es «un habilísimo recurso literario de Cervantes, mediante el cual se escudó para lanzar impunemente una aguda crítica de la vida social y política de su tiempo. El autor *hizo* parecer a su héroe como un loco a fin de obtener el salvoconducto para sus audaces ataques contra la monarquía, la nobleza y

que soñaban con hacerse «nobles y notorios caballeros» con el ejercicio de las armas, principalmente, además de las otras vías de promoción social.

BIBLIOGRAFÍA

- Albaladejo, Tomás (1986): *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa. Análisis de las novelas cortas de Clarín*, Alicante, Universidad de Alicante.
- (1992): *Semántica de la narración: la ficción realista*, Madrid, Taurus.
- Alfonso X el Sabio (1961): *Partida segunda*, Madrid: s.i. 2 vols.
- Avalle Arce, J. B. (1975): *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel.
- Bajtín, Mijail (1991): *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus.
- (1989): *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Bloch, Marc (1979a): *La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*, México, UTEHA.
- (1979b): *La sociedad feudal. Las clases y el gobierno de hombres*, México, UTEHA.
- Bobes, María del Carmen (1998): *La novela*, Madrid, Síntesis.
- Castro, Américo (1972): *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Noguer.
- Cervantes, Miguel de (2000): *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Madrid, Planeta, 2 vols.
- Chadraba, Rudolf *et al.* (1965): *Renacimiento y humanismo*, Buenos Aires, Cartago.

el clero» (Osterc, 1963: 77). Y don Quijote, por su locura, «queda más allá del bien y del mal; su locura le permite actuar a su modo; él y sus acciones quedan fuera de las leyes humanas normales» (Ciriaco Morón, en una clase de la Maestría. Madrid, febrero de 2004).

- Covarrubias, Sebastián de (1979): *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner.
- Cruz, Jerónimo (1637): *Defensa de los estatutos y noblezas españolas*, Zaragoza, s.i.
- Davies, R. Trevor (1972): *La decadencia española 1621–1700*, Barcelona, Labor.
- Diez Borque, José M^a (1980): *Historia de la literatura española. Renacimiento y barroco*, Tomo II, Madrid, Taurus.
- Doležel, Lubomír (1998): *Heterocósmica. Ficción y mundos posibles*, Madrid, Arco/Libros.
- Domínguez, Antonio (1973): *Las clases privilegiadas en la España del antiguo régimen*, Madrid, Istmo.
- (1979): *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, Alianza.
- Fourquín, Guy (1977): *Señorío y feudalismo en la Edad Media*, Madrid, EDAF.
- García de Cortázar, J. A. (1981): *La época medieval*, Madrid, Alianza.
- Guevara, Fray Antonio (1975): *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, ed. de Matías Martínez Burgos, Madrid, CC.
- Hamilton, Earl (1975): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501–1650*, Barcelona, Ariel.
- Jones, R. O. (1981): *Historia de la literatura española. Siglo de oro: prosa y poesía*, Barcelona, Ariel.
- López de Gómara, Francisco (s.f): *Segunda parte de la crónica general de las Indias, que trata de la conquista de México*. BAE, XXII.
- Manrique, Jorge (1977): *Poesía*. ed. de Jesús Manuel Alda, Madrid, Cátedra.
- Márquez, Francisco (1975): *Personajes y temas del Quijote*, Madrid, Taurus.
- Osterc, L. (1963): *El pensamiento social y político del «Quijote»*, México, Andrea.

- Parker, Geoffrey (1976): *El ejército de Flandes y el camino español 1567-1659*, Madrid, Revista de Occidente.
- Pike, Ruth (1978): *Aristócratas y comerciantes*, Barcelona, Ariel.
- Riley, Edward (1981): *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus.
- (1990): *Introducción al Quijote*, Barcelona, Crítica.
- Ruggiero, Alberto T. (1977): *Los fundamentos del mundo moderno. Edad Media, tardía, renacimiento, reforma*, México, Siglo XXI.
- Salazar, Javier (1986): *El mundo social del «Quijote»*, Madrid, Gredos.
- Sánchez, Antonio, dir. (1996): *La sociología de la literatura*, Madrid, Síntesis.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal (1913): *El pasajero. Advertencia utilísimas a la vida humana*, ed. de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Renacimiento.
- Thiebaut, Carlos (1994): «La construcción del sujeto: entre la filosofía y la literatura», en López de la Vieja, M. T., ed, *Figuras del logo. Entre la filosofía y la literatura*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, pp. 186-204.
- Vilar, Pierre (1981): *Historia de España*, Barcelona, Crítica.
- Villanueva, Darío (2004): *Teorías del realismo literario*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Viñas Mey, C. et al. (1949-1971): *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España, ordenadas por Felipe II*, Madrid, CSIC, 5 vols.